

Bernard Miodownik*

Ni distopía ni utopía: ¿Qué tenemos por delante?

En la historia reciente, la humanidad vislumbró, en horizontes próximos o alejados, diversas amenazas de extinción en masa. La hecatombe nuclear, la escasez de recursos hídricos y alimentarios, la producción de armas químicas y biológicas, las armas convencionales exponencialmente mortíferas y el calentamiento global. Escenarios hasta ahora solo imaginables por las distopías que acompañamos en la literatura y el cine.

¿Será el Covid-19 el horizonte? ¿Un horizonte de eventos, el agujero negro que todo lo captura y que hace que el mundo -tal como se lo conoce hasta ahora- prácticamente se detenga? Un escenario inédito, inimaginable, pero percibido en el aquí y el ahora. Un escenario real.

Impresiona el movimiento solidario que surgió en un mundo en el que sobran guerras y luchas fratricidas: el trabajo de los profesionales de la salud y de otras actividades esenciales, los actos espontáneos de donaciones financieras y de prestación de servicios a los más necesitados, las ofertas voluntarias de escucha y de apoyo, así como las incontables investigaciones científicas para entender los mecanismos del virus, atenuar sus efectos y encontrar una vacuna preventiva. Frente a ello, muchos pregonan que el mundo será otro después del Covid-19, que los lazos fraternos y amorosos predominarán. No volveremos a la normalidad porque aquello llamado normal era anormal, cargado de incalificables y vergonzosas desigualdades -“unos con tanto, otros tantos con algo y la mayoría sin nada” (Duarte y Medeiros, 1968)-, las cuales finalmente disminuirían. Son voces que anuncian la inminencia de un nuevo orden mundial. ¿Utopía?

El Freud de *El malestar en la cultura* (1930 [1929]/2010) no sería tan optimista. El mismo Freud, sin embargo, había mostrado en *Tótem y tabú* (1913 [1912]/2013) que en los grupos humanos se van produciendo transformaciones, por más que los aspectos más primitivos y originarios de la prehistoria continúen presentes. Freud también creía, desde una fe racionalista e iluminista, que la ciencia sería capaz de promover transformaciones más *maduras*. En ese sentido, por ejemplo, las discu-

siones actuales sobre ética, justicia y democracia tienen un lugar privilegiado, lo cual revela un interés en el mejoramiento de lo que es humano en la relación de cada sujeto con los otros. Por cierto, también está el temor de que las consecuencias provenientes del Covid-19 modifiquen ese panorama, dados los actuales escenarios recesivos y depresivos (socioeconómicos y mentales). Por otro lado, es lícito pensar y desear que una crisis extrema como la que estamos atravesando lleve a nuevas y mejores formas de relacionamiento entre los humanos.

Comparativamente, el período similar fue el de la pandemia de gripe española, hace cien años, porque el del síndrome de inmunodeficiencia adquirida (AIDS, por su sigla en inglés), a pesar de estar más próximo en el tiempo, tiene características muy diferentes. Quizás la proximidad de la Primera Guerra Mundial haya influido en ello, pero tengo la impresión de que la pandemia de la gripe española quedó como suceso dissociado de reflexiones posteriores. Un buen indicador de la presencia del factor traumático y de su necesaria elaboración es cómo un fenómeno determinado repercute en las artes en general, lo que no ocurrió con dicha gripe, a pesar de la inmensa tragedia, como si las epidemias reales generaran traumas tan profundos que permanecen silenciados y escindidos en la mente individual y colectiva, hasta que nuevamente los virus retornan de la naturaleza para invadir nuevamente los cuerpos.

¿Habrá hoy mejores condiciones tecnológicas, informativas, democráticas y emocionales para el enfrentamiento y la elaboración de la situación traumática? ¿Qué es lo que, frente a angustias tan intensas, sostiene la expectativa esperanzada?

La primera película que vi sobre epidemias fue *El enigma de Andrómeda* (Wise, 1971), basada en el libro homónimo de Michael Crichton (1969/1998). Investigadores y médicos llegan a la ciudad donde cayó un meteorito con una carga indeseada: un microorganismo desconocido que mató a todos sus habitantes, excepto a un bebé que llora y a un anciano alcohólico que estaba apartado de la comunidad. Sin embargo, es en la idiosincrasia biológica de estos donde los investigadores descubren la cura de la epidemia.

En los momentos de intenso desamparo surgen con frecuencia mitos que remiten al origen de las religiones (Armstrong, 2008) y de las obras literarias (Vogler, 1997). El bebé rescatado de una muerte segura trae la salvación, tal como Moisés y Jesucristo.

Desposeídos que encarnan nuevos valores, como el nómada Abraham o el carpintero José y su familia, o aquellos que se desprenden de los privilegios materiales y abrazan una nueva causa, como el príncipe egipcio Moisés o el príncipe Sidarta, que se transfigura en Buda. Las expectativas también se fundan en el narcisismo que inspira a los ideales del yo. ¿Será fantasear demasiado que, después de la pandemia, el narcisismo de las pequeñas diferencias pueda confluír en una mentalidad grupal suficientemente satisfactoria y genere algo nuevo?

Un año antes de morir, el actor italiano Vittorio Gassman fue entrevistado en un programa de televisión (*Conexión Roberto D'Ávila*). Habló allí de su pasión por el teatro, a pesar de su fama como actor de cine, y terminó la entrevista sonriendo frente a la consciencia de la propia finitud y diciendo que la vida tendría que ser como en el teatro: una de ensayo general y la siguiente para salir a escena. ¿Sería posible -como él sugiere con tal buen ánimo- aprender en una vida para no repetir los errores, los arrepentimientos y los actos inconfesables en la siguiente? Una

* Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro.

reflexión importante para estos tiempos en los que está presente una sensación de fin del mundo.

El escenario futuro es incierto. Es difícil saber si habrá una mayor apertura o un cierre en las relaciones humanas y un contexto socioeconómico más igualitario o peor.

Los psicoanalistas saben de la compulsión a la repetición. Saben de la resistencia al cambio. Saben de ciertas estructuras psíquicas poco flexibles con las cuales los sujetos tienen que convivir. Saben también de las pequeñas transformaciones que son conquistadas a lo largo de cada historia personal. Vivencias individuales que pueden ser trasladadas a cuestiones socioculturales.

No hay ensayo general. Cuando la obra de teatro entra en cartel, cada función es emocionalmente diferente. Puede ser la mejor entonación de un parlamento, el perfeccionamiento de una expresión facial o el contacto más vibrante con la platea. Cada día es la vida. Ya sea interpretando a Shakespeare, Ibsen, Pirandello, Brecht, Arthur Miller o Nelson Rodrigues.

El mundo pospandemia experimentará cambios profundos o serán solamente los detalles los que harán –o no– la diferencia. Lo que viene tendrá que ser enfrentado, que haya espacio en los escenarios internos individuales y en los del gran mundo para las pequeñas transformaciones cotidianas, como ocurre con el desarrollo de un bebé.

Referencias

- Armstrong, K. (2008). *A grande transformação: O mundo na época de Buda, Confúcio e Jeremias*. San Pablo: Companhia das Letras.
- Crichton, M. (1998). *O enigma de Andrômeda*. Río de Janeiro: Rocco. (Trabajo original publicado en 1969).
- Duarte, M. y Medeiros, E. (1968). *Maiores sem nenhum*. En P. Da Viola y E. Medeiros, *Samba na madrugada* [LP]. San Pablo: Fermata do Brasil.
- Freud, S. (2010). *O mal-estar na cultura*. Puerto Alegre: L&PM Pocket. (Trabajo original publicado en 1930 [1929]).
- Freud, S. (2013). *Totem e tabu*. Puerto Alegre: L&PM. (Trabajo original publicado en 1913 [1912]).
- Vogler, C. (1997). *A jornada do escritor*. Río de Janeiro: Ampersand.
- Wise, R. (productor y director) (1971). *O enigma de Andrômeda* [producción cinematográfica]. Estados Unidos de América: Universal Pictures.

Olga Varela Tello*

Transitar el camino analítico en medio de la cuarentena

En mi vida personal y profesional es la primera vez que me enfrento a una pandemia semejante, nunca había vivido una situación de esta magnitud.

El coronavirus casi de un día para otro interrumpió y desorganizó la habitual escena del mundo, irrumpiendo en nuestras vidas y en nuestros consultorios: a partir de entonces fue necesaria la permanencia continua dentro de las casas, así como el aislamiento. Evitar ante todo el encuentro de los cuerpos era, es y ha sido la mejor prevención.

Mi primera reacción fue refugiarme en el pensamiento renegador de que seguro era una exageración y pronto pasaría –¡qué equivocada estaba!–, y llegó el momento, como decía Sigmund Freud (1912/2006), en el que la realidad se impone (p. 141), y tuve que enfrentar lo que estaba pasando.

Lo primero era comunicar a los pacientes que continuaríamos a partir de aquí trabajando virtualmente para evitar contagios. Sin saber por qué, lo planteé con miedo. ¿Miedo a qué? No lo sabía, la situación me resultaba totalmente extraña y me di cuenta de que no eran ellos, sino yo, la que se resistía a dejar el consultorio. Como decía Nasio (1966), era la resistencia del analista (p. 27), no de los pacientes. Hice todo lo que pude para evitarlo, hasta que ya no hubo otra salida, y cambié mi manera de trabajar y pasamos a lo virtual.

El psicoanálisis nos ha enseñado a trabajar con los conflictos, y era eso lo que se tenía que hacer. Decidimos que en la Asociación Psicoanalítica de Guadalajara (APG) deberíamos juntarnos los candidatos y analistas a tratar de contener la angustia que provocaba el desconocimiento y la incertidumbre, y compartir experiencias de todo lo extraño que estábamos viviendo. Fue a través del relato y de una junta por internet que nos vimos y pudimos compartir lo que estábamos sintiendo y pensando, y fue a través de ese compartir de lo nuevo –aunque no personalmente, sin la presencia corporal, solo por medio de la imagen– que nos sentimos nuevamente parte de un *grupo*, que sentimos que, aunque separados, todos estábamos

* Asociación Psicoanalítica de Guadalajara.